

Mujeres y hombres mapuche en la temporada del arándano. Prácticas comunitarias en el trabajo asalariado.

Mapuche women and men in the blueberry season. Community practices in salaried work

Loreto Rebolledo¹

Fecha de Recepción: 30-08.2021 – Fecha de Aceptación: 07.12-2021

Resumen

Este artículo, resultado de una investigación Fondecyt, busca dar cuenta de cómo, producto de las transformaciones agrarias de las últimas décadas en la región de la Araucanía, la intromisión de las plantaciones forestales arrinconó a las comunidades mapuche, reduciendo la capacidad de reproducción de sus economías y obligando a hombres y mujeres a reclutarse como fuerza de trabajo asalariada temporal en la cosecha de arándanos. A partir de entrevistas en profundidad a temporeros/as, supervisores, administradores y propietarios de huertos, el artículo muestra la manera en que los primeros se desenvuelven en estos espacios laborales de un modo particular, pese a compartir con los cosecheros chilenos los mismos salarios, trato y condiciones de trabajo. Hay ciertos aspectos que son propios de la cultura mapuche, como modos de ser, hacer y sentir, que los hace enfrentar las relaciones laborales con jefes, supervisores y compañeros de trabajo de una manera diferente, lo cual evidenciaría formas de resistencia cultural que se extrapolan de los espacios comunitarios y se trasladan al trabajo asalariado. Esto se da preferentemente en huertos más pequeños que los habituales, donde ellos son la fuerza de trabajo mayoritaria.

Palabras clave: mapuche, trabajo temporal, practicas comunitarias

Abstract

This article is a product from a Fondecyt research project, in which we wanted to show how the agrarian transformations during the last decades in the Araucanía Region and the intrusion of forest plantations cornered the Mapuche communities, reducing the ability to reproduce their economies, forcing them –men and women– to work as temporary salaried employees in the blueberry harvest season. Based on in-depth interviews with these casualty workers, supervisors, administrators and orchards' owners, the article shows the particular attitudes of the Mapuche workers in these spaces, despite sharing the same wages, treatment and working conditions with Chilean workers. These attitudes are part of the Mapuche culture, and constitute a way of cultural resistance, extrapolated from community spaces and transferred to salaried work. This occurs preferably in small orchards, where they are the majority workforce.

Mapuche, temporary work, community practices

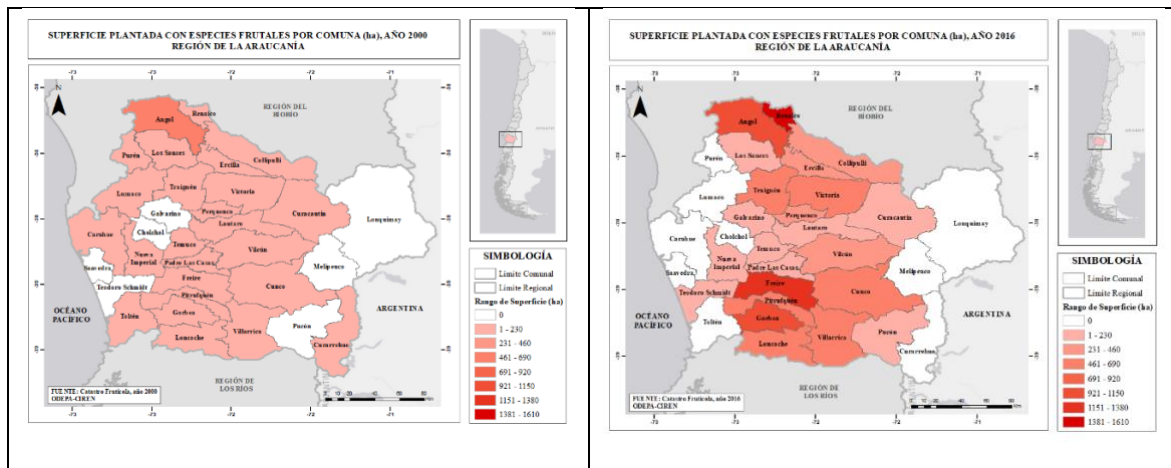
¹ Universidad de Chile. marreboll@uchile.cl. Chilena.

Cómo citar: REBOLLEDO, LORETO, *Mujeres y hombres mapuche en la temporada del arándano. Prácticas comunitarias en el trabajo asalariado* Revista de Geografía Espacios 12(22), p. 96-113 (2021).

Introducción

La expansión frutícola en el territorio chileno a través de los años ha ido avanzado desde el valle central hacia otros territorios (Valdés, 2007) donde el proceso modernizador de la agricultura ha sido más tardío. La producción frutícola de la región de la Araucanía se ha producido en un periodo relativamente reciente y se ha desarrollado con rapidez, ya que entre otras cosas se ha visto beneficiada con la falta de empleos agrícola a nivel regional, lo cual facilita su acceso a fuerza de trabajo local. En 1982 la superficie destinada al cultivo de fruta era de 500 hectáreas (Blueberries Consulting, 2015); para el año 2000 esa superficie se había cuadruplicado y había 2.056 hectáreas plantadas con frutales, las que para 2016 habían crecido hasta alcanzar las 10.536 ha, lo cual da cuenta de un crecimiento inmenso en pocos años (ODEPA-CIREN, 2020).

Mapa 1: Superficie plantada con especies frutales por comuna en la Región de la Araucanía años 2000 y 2016



Fuente: Elaboración propia con datos ODEPA-CIREM, Catastro Frutícola 2000 y 2016.

El arándano comenzó a cultivarse comercialmente en Chile a mediados de la década de 1980, sin embargo su mayor expansión se produjo en la década siguiente, mostrando un crecimiento sostenido. De acuerdo a información de ODEPA, para 2007 en la región de la Araucanía existían 721,4 ha, lo que representaba un 19% de la superficie total de arándano de Chile. Esa cantidad se duplicó para el año 2012 (1561.0 ha) (ODEPA, 2019)

Este artículo indaga en las particularidades del trabajo en la temporada de cosecha del arándano en la Araucanía, a partir de una investigación realizada entre los años 2019-2020 sobre el trabajo temporal de hombres y mujeres en Atacama y la Araucanía.² Se realizaron 35 entrevistas en profundidad a hombres y mujeres mapuche y no mapuche que trabajaban como cosecheros de arándanos en la IX región, a supervisores, administradores de predios de empresas

² Proyecto FONDECYT 1190697, "Género, etnia y nacionalidad de los temporeros en la agricultura de exportación. Una inmersión en trayectorias sociales y desplazamientos geográficos frente a estrategias de empleo en Atacama y la Araucanía".

transnacionales así como a propietarios de huertos.³ Utilizamos aquí los resultados de dichas entrevistas para mostrar los modos en que los/as temporeros/as mapuche se desenvuelven en estos espacios laborales, pero antes revisaremos las transformaciones agrarias ocurridas la Araucanía que explican el que hombres y mujeres residentes en comunidades indígenas hoy se recluten en el trabajo de temporada.

Nos interesa dar cuenta de las maneras en que hombres y mujeres mapuche que trabajan en la cosecha de arándanos (entre diciembre y marzo) en predios grandes de empresas transnacionales (como Hortifrut) o en huertos más pequeños, enfrentan el trabajo asalariado. Para ello partimos de la premisa de que, pese a tener muchas cosas en común con los otros trabajadores temporales provenientes de áreas urbanas (chilenos o migrantes) dado su tipo de inserción laboral, los mapuche muestran ciertos modos de relacionarse con el trabajo, con los/as otros/as temporeros/as y con los jefes, que los diferencian de sus compañeros. Esto es especialmente evidente en aquellos lugares donde los mapuche constituyen la fuerza de trabajo mayoritaria, y sería producto de sus particularidades culturales, las cuales son llevadas a la práctica en situaciones extracomunitarias como una forma de resistencia.

Del “granero de Chile” a los bosques de pino

La región de la Araucanía, conformada por las provincias de Malleco y Cautín, se caracterizó por largo tiempo por su producción silvoagropecuaria y por la coexistencia de una estructura agraria con la hacienda, con una pequeña agricultura indígena y no indígena de corte familiar y ganadero. En la provincia de Cautín se concentra la propiedad rural de menor extensión, lo que se explica por la presencia de comunidades indígenas, cuyos predios cuentan con un mayor número de explotaciones que ocupan gran parte de la superficie. Las explotaciones se dedican principalmente a cultivos anuales y permanentes.⁴

Hacia el final del siglo XIX, después de los procesos de ocupación de las tierras habitadas por los mapuche por parte de colonos, luego del desalojo y radicación de las comunidades mapuche, y por durante varias décadas, hasta 1930 la producción triguera fue el pilar más importante de la economía regional. Ello convirtió a la región en la más importante productora, por lo cual se la denominó el “granero de Chile”.⁵ A ello se le sumaba una importante producción chacarera. Entre 1930 y 1960 se produjo un ciclo de contracción económica (Pinto y Ordenes, 2012).

Luego de la reforma agraria (1964-1973), que logró terminar con las grandes haciendas y restituir parte de las tierras usurpadas a los mapuche, se produjo un proceso de contrarreforma, en el marco de la imposición de un modelo económico de corte neoliberal, que dio paso a una agricultura empresarial, con predios más modernos. Paralelamente se intentó imponer, a través

³ Las entrevistas se realizaron en los meses de enero de 2019 y 2020, y en algunos casos se profundizó de algunos aspectos, volviendo a entrevistar a algunos temporeros/as en los meses de septiembre y octubre de 2020.

⁴ A modo de ejemplo, un 60% de la población de la comuna de Teodoro Schmidt, una de las más pobres de La Araucanía, reside en áreas rurales, y existen más de 65 comunidades indígenas.

⁵ Entre los cereales, el trigo fue el producto más importante, y las dos provincias de la Araucanía aportaban entre 20% y 24% del valor total de la producción cerealera del país, lo que se mantuvo hasta la década de los sesenta, cuando la participación a nivel país alcanzó a 26% (Pinto, 2009).

de decretos leyes, la subdivisión de las tierras de las comunidades que ya habían sido afectadas por la pérdida de tierras producto de usurpaciones y ventas fraudulentas que se venían realizando desde la radicación.

A partir de la década de los ochenta se produjo un drástico cambio económico y productivo en la Araucanía, que se tradujo en la pérdida de importancia de la producción cerealera para dar paso a las explotaciones forestales de pinos y eucaliptus a costa de suelo de uso tradicionalmente agrícola. La región de La Araucanía fue una de las más beneficiadas con el decreto ley 701 de 1974, que bonificaba las plantaciones forestales, ya que se las consideraba un puntal del desarrollo regional, y como efecto de ello se produjo un cambio productivo que ha afectado al mercado de trabajo agrícola.

De acuerdo a los datos del Instituto Nacional de Estadísticas (INE, 2007), las explotaciones agropecuarias en esta región disminuyeron en un 18% y, en cambio, las forestales aumentaron en un 84%. A modo de ejemplo, en la comuna de Lumaco se observa un notable cambio en la estructura productiva. Entre los años 1998 y 2003, la superficie con plantaciones forestales pasó de 14% a 52%, mientras que para el mismo periodo, la superficie con uso agropecuario disminuyó de 60% a 31% (Montalba et al., 2005).

Estos cambios productivos de lo agropecuario a lo forestal provocaron efectos negativos en varios ámbitos económico-sociales, que se tradujeron en emigración rural, desempleo, disminución de la escolaridad y escasa inserción local de las empresas forestales. (Garín, et al., 2011), todo lo cual incide en un incremento importante de la pobreza en la región. El estudio del Observatorio Económico social de la Araucanía señala que "el nulo avance en pobreza multidimensional de la Región entre 2015 y 2017, y el retroceso de 22 comunas refleja la alta incidencia de este tipo de pobreza en la Región y sus comunas, que a su vez desnudan las carencias en educación, salud, trabajo, vivienda, y redes" (OES-UFRO, 2019:15).

Siete comunas de la Araucanía, cinco de ellas de la provincia de Cautín, están entre las comunas más pobres de Chile. Para 2014 Nueva Imperial tenía un 50.7% de pobreza, según datos del Ministerio de Desarrollo Social. Las comunas de Teodoro Schmidt, Puerto Saavedra, Nueva Tolón y Carahue indicaban más de un 40% de pobreza. De acuerdo a la CASEN 2017, la comuna más pobre por ingresos del país estaba en la Araucanía: Cholchol, con un 41,6% de personas en situación de pobreza. Según esta misma encuesta, la región presenta un 17,2% de personas en situación de pobreza por ingresos. En algunas décadas, la economía de los mapuche evidencia la disminución de animales, los cuales representaban un ahorro que podía transformarse en dinero en caso de necesidad. Por otra parte, se ha reducido su producción agrícola destinada a la venta, quedando en muchos casos con una producción que solo sirve para el consumo doméstico. Ello los ha obligado a buscar ingresos en el trabajo de temporada. La expansión de las plantaciones forestales afectó directamente a las comunidades mapuche que habitan en la región. Por una parte, generó efectos medioambientales que han ido reduciendo drásticamente la capacidad de reproducción de las familias mapuche en sus pequeñas propiedades al acidificar el suelo, al secar las napas de agua y disminuir la biodiversidad por la destrucción del bosque nativo, que es la fuente de abastecimiento de hierbas medicinales, frutos de recolección y materiales para la producción artesanal de canastos

y cestas, así como de tinturas naturales para los tejidos⁶ (que si bien no generan grandes ingresos, ayudan a las economías familiares).

Las grandes plantaciones de pinos y eucaliptus, así como la reducción de lluvias por efecto del cambio climático, han implicado una pérdida de acceso al agua por parte de las comunidades. Todo ello es un factor importante en la reducción de la capacidad de los grupos familiares mapuche para seguir manteniendo su economía sin tener que vender fuerza de trabajo en el mercado ni recurrir al apoyo estatal, a través de bonos y subsidios. Bengoa sostiene que la cantidad de comunidades que depende de los camiones aljibe para abastecerse de agua es inmensa, llegando a casi un tercio de las comunidades, además las tierras de uso productivo se han reducido de 8.9 hectáreas a 8 hectáreas por familia. “Las propiedades de menos de 5 hectáreas se disparan en la costa (8% a 32%) y en el secano central y en el valle también aumentan aunque de modo más tenue. La mitad de las hijuelas del Valle Central son menores de cinco hectáreas. Las consecuencias de la división de las comunidades mapuches en estas dos zonas son evidentes y sin duda son el factor de mayor pobreza allí existente. En la costa el año 1981, el 64% de las propiedades tenían más de 15 hectáreas, lo que disminuye al 18%.” (Bengoa, 2020: 10)

Por otra parte, a diferencia de lo que ocurría con la producción cerealera y de cultivos tradicionales, la producción forestal genera muy poco empleo, y este suele ser resuelto a través del subcontrato de trabajadores que transitan por diversas comunas y regiones (Henríquez, 2013). Esto genera una salida masiva de población indígena desde sus localidades hacia las urbes. La crisis de la agricultura cambió la fisonomía de la distribución espacial de la población, y la región pasó de ser fundamentalmente rural, para el censo del año 2002, a ser urbana en un 68%. (Garín, et al., 2011).

La pérdida de fuentes de trabajo en las áreas rurales de la región produjo una disminución de población en las áreas donde las plantaciones forestales han sido mayores. Por ejemplo, en las comunas del territorio de Nahuelbuta –entre los censos de 1992 y 2002– la población disminuyó en un 6,8%, mientras que la disminución de la población rural alcanzó al 15% al comparar ambos censos⁷ (Ibid).

La población rural, los mapuche entre ellos, migró a las ciudades pero también, en el caso de aquellos que aún lograban retener algo de tierra, aprovechó la oferta de trabajo de la fruticultura de la zona central del país, desplazándose hacia allá en los meses en que se requieren más brazos para las cosechas. Los integrantes de grupos familiares más precarizados buscaron el modo de prolongar los tiempos de trabajo estacional, moviéndose en la cosecha de diversos frutos. Esa

⁶ Según Garín (2011) la pérdida de bosque nativo en La Araucanía, entre 1985 y 1994, fue de 30,958 hectáreas. La plantación de pino o eucalipto en el sur del país es incompatible con los caseríos, con las comunidades y poblaciones humanas, ya que a la limpieza del terreno se suma el bombardeo con plaguicidas, insecticidas y matamalezas. Sobre ese suelo desertificado se plantan los pequeños árboles, muy cercanos unos de otros, generando un bosque tupido que impide que crezca algo junto o dentro de él.

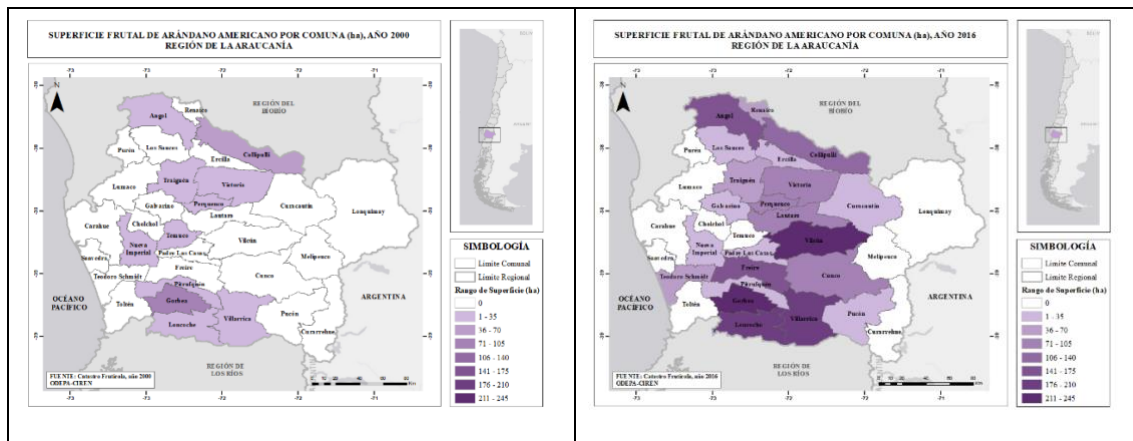
⁷ Destacan los casos de Los Sauces, que al comparar los censos de Población y Vivienda de 1982 y 2002, disminuyó su población rural en 30%; la comuna de Traiguén, en el mismo periodo, vio caer su población rural 29,7% ; y la comuna de Lumaco, cuya población rural entre el censo de 1970 y el de 2002 disminuyó en un 47% (Henríquez, 2013).

situación se ha visto atenuada parcialmente en algunas zonas gracias al incremento de plantaciones de frutales para la exportación en la Araucanía.

Producción frutícola y arándanos en la Araucanía

El arándano es un fruto que se acomoda bien a muchas áreas agroecológicas de la IX región, ya que resiste climas más fríos que la mayoría de las especies frutales, se adapta bien a pH ácidos de suelo y a los de origen volcánico (trumaos). Ello explica su crecimiento en la región, donde se han ido sumando empresas agroexportadoras y agricultores grandes y pequeños a la producción de este fruto:

Mapa 2: Superficie plantada con arándanos por comuna en la Región de la Araucanía años 2000 y 2016



Fuente: Elaboración propia basado en datos ODEPA-CIREM, Catastro Frutícola 2000 y 2016.

El crecimiento de la producción de arándanos en la Araucanía se ha visto favorecido por la disponibilidad de mano de obra familiar, ya que este cultivo es muy demandante de mano de obra en tiempos de cosecha (ODEPA, 2019). Hay que considerar que este fruto requiere de una manipulación delicada, por lo que no es posible cosecharlo con máquinas (salvo aquella fruta de calidad y calibre no exportable, que se destina a jugo o congelado).

La cosecha del arándano en la Araucanía se produce entre los meses de diciembre y marzo, y se recluta fuerza de trabajo en las áreas aledañas a los predios, de modo de abaratar los costos de locomoción. El reclutamiento se hace vía contratistas y por datos entre vecinos; generalmente se convoca a aquellas personas que trabajaron en las empresas en los años anteriores. La mayor parte de los trabajadores temporales del arándano en esta región está conformada por mujeres, pero también hay hombres de diferentes edades provenientes tanto de áreas rurales como urbanas.

El conjunto de personas entrevistadas, administradores, supervisores y cosecheros/as coinciden en señalar que los/as mejores trabajadores/as son los/as que provienen de áreas rurales, y entre ellos destacan hombres y mujeres mapuche. Como indica una supervisora de un predio de cultivos orgánicos que pertenece a una empresa española: “El huerto ahora solo está trabajando

con gente de Quepe, Metrenco, Toltén. Hay otra parte, pero no me acuerdo, pero son puros indígenas (...) a ellos les dan la prioridad porque son los más responsables. Sí, que hay responsabilidad, y en calidad de fruta son los mejores” (Entrevista P., supervisora).

A los jóvenes se los percibe como trabajadores más inestables y menos esforzados, especialmente aquellos que provienen de áreas urbanas. Algunos de estos no logran completar toda la temporada, ya sea porque se cansan y no alcanzan el rendimiento exigido, o bien porque una vez conseguido el dinero suficiente para comprar el artículo que querían, generalmente teléfonos celulares, se retiran del trabajo.

En el caso de los/as cosecheros/as provenientes de áreas rurales donde abundan las comunidades mapuche, el trabajo de temporada en el arándano representa una importante posibilidad de generar ingresos. Hay que considerar que las fuentes de trabajo en la región son escasas, ya que la producción forestal ha contribuido a la pauperización de las familias y comunidades, cuyas pequeñas propiedades se han ido reduciendo a lo largo del tiempo por las sucesivas subdivisiones, a la vez que el daño al medio ambiente los ha privado de las oportunidades de recolección de frutos y otros materiales que ofrecía el bosque nativo.

Para las mujeres, contar con un trabajo de temporada cerca de sus casas significa mantener el control de su familia y no dejar abandonados sus huertos e invernaderos, además de generar dinero para los meses de invierno. Para las que necesitan generar mayor cantidad de ingresos, la cosecha de arándanos se incluye dentro de un ciclo rotativo, que va desde la recolección de la flor del tilo a la frambuesa; de la frambuesa al arándano; y del arándano a la rosa mosqueta (Entrevista D. Mc D., administrador).

La mayor parte de los temporeros y las temporeras mapuche proviene de comunidades cercanas, y es común que acudan al trabajo varias personas de la misma comunidad o bien personas vinculadas por relaciones de parentesco. Esto permite la reproducción de ciertas prácticas de corte solidario que suelen ser habituales entre familiares o integrantes de una misma comunidad, especialmente en aquellas más tradicionales, pero que resultan ajenas al trabajo asalariado. Muchas veces, como señala un supervisor de Hortifrut, cuando hay un grupo de trabajadores pertenecientes a la misma comunidad “hay un representante y se aboga por todo un grupo de personas, digamos, que viene con él” (Entrevista F., supervisor). La presencia del grupo de la misma comunidad favorece la negociación y el reclutamiento de jóvenes que aún no tienen la edad requerida para firmar un contrato de trabajo, pero cuyos ingresos se necesitan, o de adultos mayores, cuya jubilación no les alcanza para vivir, lo que los obliga a seguir trabajando, aunque la ley no lo permita.

La cantidad de cosecheros/as requeridos depende del tamaño del predio. Un predio de 10 ha donde se cosecha 100.000 kilos requiere 50 personas. “Por tres meses en el *peak*, estamos con 50 temporeros, comenzamos con 30, subimos a 50, después bajamos a 30 y hasta ahí” (Entrevista J. I., dueño de huerto). En los predios grandes de muchas hectáreas se puede contratar hasta 500 cosecheros y una docena de supervisores como lo ha señalado el Supervisor de.

Los supervisores y supervisoras son el vínculo más directo que tienen los trabajadores con la empresa, y ellos suelen ser reclutados entre trabajadores antiguos que han logrado la confianza de los administradores por su experiencia y conocimiento tanto de los requerimientos exigidos

para la fruta cosechada como por su capacidad de establecer relaciones de cierta cercanía con los trabajadores, ya que alguna vez estuvieron en ese lugar.

En la cosecha, ya se trate de predios grandes o huertos más pequeños, se trabaja en cuadrillas de trabajadores/as. En general, la cosecha de las líneas de arbustos con mejores frutos se encarga a los mejores temporeros/as, los que suelen ser quienes tienen más experiencia. “[...] a los jóvenes, a la gente más inexperta, los mandan a las partes más soleadas y donde peor se cosecha, porque les importa un rábano que se asoleen, que saquen lo mínimo, porque ese lugar alguien tiene que hacerlo (...) Eso explica que algunos ganen 150 lucas y otros 600 lucas, porque es la manera en que se organiza el trabajo” (Entrevista F. A., investigador). El sueldo se compone del sueldo mínimo, cuya base es de 33 kg diarios de recolección, y luego se paga por cada kilo más de arándanos cosechados. En caso de no cumplir con el mínimo en una semana, la persona es despedida. De este modo, es el trabajador quien “hace su sueldo”.

La forma de pago es similar entre empresas grandes y pequeñas, y las diferencias no son sustantivas; pueden ser por el “piso” de kilos diarios cosechados que se exigen para pagar el sueldo mínimo, (entre 30 y 38, según la información recogida en las entrevistas) o bien por el tamaño de las bandejas.⁸

Hombres y mujeres mapuche en la cosecha de arándano

El trabajo de temporada en predios de producción frutícola se caracteriza por la estacionalidad del trabajo, las formas de pago, el tipo de relaciones laborales que se establecen entre trabajadores, contratistas y empleadores, supervisores y anotadoras,. Sin embargo, constatamos ciertas particularidades en el ejercicio de este trabajo por parte de los mapuche, que tiene relación con su forma de ser y que se pueden entender como modos de resistencia cultural en el marco de las actividades laborales durante la cosecha de arándano. Estas particularidades obedecen a una manera de establecer relaciones entre las personas que forman parte de un colectivo, sobre concepción de lo que es justo y lo que no lo es, y que escapa a las lógicas de funcionamiento de la sociedad chilena del siglo XXI .

Bengoa (2011) sostiene que los mapuche han tratado de obtener un espacio en la sociedad y se han opuesto a los intentos reiterados de asimilación por parte del Estado. Nos parece que eso se puede hacer extensivo a ciertas prácticas observables en los espacios laborales, más en lugares donde los trabajadores mapuche son mayoría. Esa resistencia cultural se refleja en actitudes y prácticas individuales o colectivas que no se manifiestan en enfrentamientos directos con la forma de trabajo o de pago, y tampoco se traducen en demandas específicas que signifiquen modificar las condiciones laborales o mejorar lo que reciben por su trabajo. Sin embargo, claramente son reflejo de un desacuerdo con las lógicas con las cuales se organiza el trabajo en las empresas dedicadas al cultivo de arándanos para la exportación.

El trabajo de temporada en la fruticultura se caracteriza por el pago a destajo, que implica una autoexplotación, pues con tal de ganar más en el día, el/la temporero/a acorta los tiempos de

⁸ A modo de ejemplo, M. A., quien es separada y trabaja en un predio grande en Vilcún, cuenta que la bandeja de 3 kg vale \$1200, piden sobre 38 kg. para el sueldo mínimo, los kilos extra se pagan aparte. Ella gana entre \$500 mil y \$600 mil, y en el mes febrero de la temporada 2019 estaba trabajando solo por el mínimo; no había pagos extra ya que no quedaba mucha fruta (Entrevista M.A, temporera).

almuerzo, evita ir al baño, etc., de modo de hacerse más productivo. Sin embargo, encontramos en las entrevistas a temporeros/as de origen mapuche de la Araucanía situaciones que claramente son opuestas a esta lógica individualista, y que se manifiestan en apoyo a quienes no rinden el mínimo de lo exigido al temporero para permanecer en el trabajo. Esto da cuenta de una valoración de lo colectivo y comunitario, donde es el conjunto de integrantes de un grupo humano el que debe responder a una tarea. Ello es posible por la existencia de un sustrato cultural de los mapuche que residen en comunidades, y que permite mantener vivas tradiciones (como por ejemplo: la minga, que se activa en tiempos de cosecha y a la que concurren los parientes y/o integrantes de la comunidad a colaborar a cambio de una futura reciprocidad).

Las diferentes maneras de entender las relaciones en el trabajo y entre seres humanos se evidencian entre gente que se siente parte de una comunidad, donde la solidaridad es un valor que se practica, y entre otros que operan sobre la lógica individualista propia del neoliberalismo. Ello se grafica en este testimonio de un temporero colombiano de 30 años, quien carecía de experiencia al inicio de la temporada y, por ello, veía peligrar su continuidad: “hay muchas personas adultas, pero muchas de esas personas era casual que lo aconsejaban a usted porque lo veían a usted como muy pollito, y le decían: ‘ah, vea, haga así’. En muchas ocasiones, cuando veían a mí empezando con muy poquitas cosas me regalaban Tachitas, es que le llaman, me regalaban, vea para que le sume, y yo la recogía. Pero realmente yo no lo haría, porque si yo estoy recogiendo, qué me voy a poner a darle a otro para que le salga más sueldo, pero sí me tocó, y me dieron varias veces”. (Entrevista A.G., temporero).

Estas muestras de solidaridad hacia otros abundan en el caso de los adultos mayores, que dadas sus magras pensiones se ven obligados a trabajar en la temporada de cosecha. Los más jóvenes los ayudan a cargar las bandejas e incluso a completarlas.

La colaboración intergeneracional es destacada por una chilena supervisora de huerto, que señala que después de almuerzo los jóvenes se sentaban sin ganas de reanudar la faena: “yo pasaba los miraba... ‘Y ustedes ¿están cansados?’ Sí, jefa. Y un día llamé a mi hija y le dije: ¿estás cansada? .Sí, mamá. Ya, le dije yo, pero vaya ligero a buscarme agua y ustedes vayan a lavarme los pocillos y vienen y lo hicieron. Entonces me dijeron: ¿qué hacemos con el agua y los pocillos limpios? Las señoras están todas trabajando, no salen a tomar agua, ustedes vayan a darles agüita, me miraban, me pensaban que yo la estaba jodiendo, entonces eso fue el primer día, también las señoras adultas nos miraban. Y al otro día: “agua”, “agua”, empezaban” (Entrevista P., supervisora).

Otro ejemplo lo da la misma supervisora, pero en este caso se trata de movilizar la cooperación entre los jóvenes para evitar que alguno de los integrantes del grupo pierda el trabajo por no cumplir con la cuota requerida. “El año pasado tenía 12 jóvenes, yo le pedí a mi anotadora que me diera la lista de los menores que llevaban y siempre había uno que le faltaba uno, dos, tres. Había otros que habían pasado la meta de ellos, y así y yo lo agarraba y les decía: ¿cuántos kilos hiciste? Y yo sabía... ‘Ya, tanto jefa’. Te faltan dos kilos ¿los vas a hacer? No, estoy cansado. Y a los otros: ¿cuánto hiciste? Y así. Bueno, y yo los miraba y les dije: ¿somos todos unidos? ‘Sí’, me decían. Entre todos vamos a hacer los kilos que les faltan a estos otros cabros, y ahí partían y yo les ayudaba. Entonces no me echaron ninguna menor edad” (Ibid.)

Si bien esta estrategia es útil para la supervisora, ya que así logra mantener la cuadrilla y ello la beneficia en su evaluación laboral, también es cierto que si no existiera una base de solidaridad entre las concepciones y prácticas de los jóvenes respecto a las relaciones con el trabajo, esto

sería imposible de lograr. Con ello, se refuerza la hipótesis de que la presencia de la cultura mapuche con una fuerte raíz comunitaria es la que permite explicar este tipo de conductas que son contrarias a la lógica del trabajo de temporada, donde cada cual vela por su propia productividad, en el sentido individualista y egoísta propio del “homo economicus”: aquel que solo busca maximizar bienestar personal y sacar la mayor ventaja personal (Sen, 1989).

Los testimonios de párrafos anteriores permiten postular que estamos ante la evidencia de una racionalidad diferente a la que opera en el mundo neoliberal en que nos desenvolvemos. Esta racionalidad no se entiende aquí en el sentido estrecho en que tradicionalmente la ha definido la economía, sino en un sentido más amplio, que permite abarcar aquellos comportamientos de tipo cooperativo, donde está presente la reciprocidad. Incluimos en esta concepción más amplia las conductas éticas pro sociales, los acuerdos y sentimientos que permiten que la gente se relacione en la búsqueda de un fin común cuando se establecen relaciones de intercambio.⁹

“Había más rápidos, es que no sé igual, entre los vecinos se lo toman como competencia cuando trabajan juntos y empiezan... entonces lo toman como un juego igual a la final (...) quién hace más kilos... al final uno sabe que el que hace más es el que va a sacar más plata... o a veces los que hacen más dicen que hicieron menos para pasar disimulado” (Entrevista D. joven temporero).

Lo interesante, además, está en las razones que explican que alguien quiera “pasar disimulado”, no sobresalir sobre los otros, ya sea para no perjudicar las relaciones entre ellos, desatando envidia, o para privilegiar el logro colectivo (el juego de competir) sobre el logro individual (el prestigio que otorga una mayor ganancia). Bajo ello laten distintas formas de valorar las relaciones, cuidando el colectivo y evitando la ruptura de un cierto equilibrio social que los sitúa a todos en un plano de igualdad, pese a que existen diferencias provocadas por el dinero.¹⁰

La importancia que se otorga al colectivo también es visible en la manera en la cual se negocian las diferencias con los jefes cuando hay alguna situación que se sale de lo que se considera legítimo y justo. Por ejemplo, cuando no se respetan los horarios y se los hace trabajar más allá de lo convenido: “de repente hemos tenido sus encontrones con los jefes, en el sentido que no respetan los horarios, porque de repente los cambian repentinamente y por esas cosas más que nada (...) nos reunimos, conversamos y después vamos hablar todos, la cuadrilla completa, los 25... Pero siempre hay uno que es el que habla por todos o dos y el otro no habla mucho” (Entrevista O., Perquenco).

Entre los mapuche es posible constatar la existencia de modos de ser, hacer y sentir diferentes a los que imperan en el mundo capitalista, que se afincan en identidades culturales que resisten, pese a tener que coexistir y funcionar dentro de él, y que se reproducen al interior de los espacios

⁹ Sobre racionalidad económica y reciprocidad, véase P. Calvo (2012).

¹⁰ Un ejemplo de que este episodio no es algo infrecuente entre los mapuche lo encontramos en el texto de Pairicán (2014), donde se relata cómo Millanao, siendo niño, gracias al trabajo de su hermano fuera de la comunidad pudo tener sus primeros zapatos (unas botas de plástico). Millanao cursaba el quinto básico, y recuerda que le daba vergüenza colocarse las botas: “prefería sacarme las botas un par de metros antes de ingresar a la escuela y las dejaba escondidas en las zarzas y entraba a pata pelá porque ya estaba habituado a andar a pie descalzo, no me hacían nada las heladas”. Además, en su colegio la mayoría de los estudiantes eran mapuche, ninguno tenía zapatos, “entonces para no provocar vergüenza en los demás me sacaba las botas yo” (Pairicán, 2014: 52).

domésticos y comunitarios, permeando actividades y relaciones que se despliegan en espacios extrafamiliares y extracomunitarios.

La cosmovisión mapuche ofrece un marco de referencia para interpretar la realidad y contiene creencias, nociones, imágenes y conceptos. “Todos los elementos que conforman la visión del mundo mapuche están enraizados y orientados por lo comunitario, por lo colectivo, puesto que lo que le pasa a unos de los *newen* repercute también a nivel colectivo, y por tanto a nivel de todas las dimensiones espaciales del *waj mapu*” (Bustos, en Espinoza y Figueroa, 2019 :137).

Esto es lo que se conceptualiza como *Az-mapu*, que de acuerdo a Elicura Chihuailaf

“es nuestro deber ser en la *Nag Mapu* (la tierra en que andamos), el espacio territorial que reproduce la *Wenu Mapu* (la tierra de arriba). Son las normas que ordenan la reciprocidad, el espacio en el que es posible alcanzar el intercambio con el fin de otorgarle continuidad a los equilibrios duales que dicen relación, por ejemplo, con el día y la noche; salud y enfermedad; arriba y abajo; alegría y tristeza” (Chihuailaf, 1999:50)”.

Bustos agrega un aspecto interesante de este concepto, que es la flexibilidad y la capacidad de adaptación a diferentes circunstancias:

“pese a que, a primera vista, se pueda pensar que el *Az Mapu* consiste en una serie de dogmas inmutables, en realidad no es así. Nos encontramos ante una serie de proposiciones ancestrales genéricas que se prestan a diversas interpretaciones y usos según la época y las condiciones históricas, permitiendo abordar de manera dinámica situaciones de crisis, conflictos e incertidumbres en diferentes momentos (...) el conjunto ofrece variaciones según el territorio y la época, ya que no estamos ante un compendio de normas fijas y rígidas que se presten a una fácil codificación y compilación, (Bustos, en Espinoza y Figueroa, 2019: 14).

En relación a la concepción de justicia en el contexto del trabajo de temporada, cobra especial importancia el tema de trato con los pares (los otros trabajadores) y con sus jefes. Para hombres y mujeres que han sido discriminados por su pertenencia étnica y su situación socioeconómica, el hecho de ser tratados como personas iguales a los demás y respetados, es decir no humillados o desvalorizados por otros que se sienten superiores –especialmente cuando se ven expuestos a ello en relaciones de trabajo donde deben compartir con personas diferentes y con jerarquía diversa– es algo que se valora y aprecia, y es especialmente importante para las mujeres mapuche, de acuerdo a lo que muestran los resultados de las entrevistas y como se aprecia en el siguiente testimonio:

“Ahí en los arándanos, fue como que me liberé. El estrés pasó, como que todo lo malo se fue de mí porque yo rejuvenecí, porque ahí era distinto el ambiente laboral, (...) todo el día yo me la pasaba riéndome (...). Igual conocí harta gente (...) algunos de acá del pueblo, pero la mayoría eran de allá de Pitrufrquén, de Gorbea, de Teodoro Schmidt, de Hualpin, de ahí de Mahuidanche, de Cunco Chico, de Freire” (Entrevista M., temporera)..

La temporera, que antes había trabajado en el pueblo con gente chilena y con más educación formal, agrega: “(...) aumentó mi autoestima, porque ahí éramos todos iguales, o sea había de

repente mujeres que querían como que soy mejor, pero en el fondo eran igual a uno, porque por algo estaban ahí, si no se hubiesen buscado otro tipo de trabajo “. (Entrevista M., temporera).

Bustos enfatiza en la cualidad bidireccional del respeto (*yam*), lo cual ;

“se plasma en las relaciones intercomunitarias e interpersonales mediante una serie de protocolos, rituales y el despliegue de una ética personal que gira en torno al cuerpo, el cual delata la categoría moral de los individuos en la escena pública (...) este comportamiento se considera imprescindible para que el otro se sienta persona, ya que una máxima de las relaciones interpersonales de la cultura mapuche alude a la obligación de tratar a los demás como persona (che xokingen: ser tratado como persona; crearlo persona” (Bustos, en Espinoza y Figueroa, 2019: 16).

El respeto se expresa en el trato, palabra que aparece mencionada en el relato de varios de nuestros entrevistados/as, y que hace alusión al modo de referirse a otros, a la manera de pedir las cosas, a la observación de ciertos órdenes y jerarquías establecidas, como por ejemplo no saltarse una fila mientras se espera que les pesen la fruta recogida, o en el modo en que interaccionan jefes y supervisores con los trabajadores y viceversa.

En las páginas anteriores hemos revisado cómo los modos de ser y comportarse respetando ciertas las normas y concepciones de lo mapuche en el trabajo temporal del arándano, pueden ser leídas como formas de resistencia cultural. Pero el trabajo en el arándano también representa para los trabajadores mapuche un medio para seguir viviendo dentro de sus comunidades sin tener que migrar, manteniendo una economía propia, que si bien es de subsistencia y bastante precaria, permite seguir habitando en sus territorios ancestrales. Tanto el cultivo de papas como de trigo, así como la producción huertera, permiten a las familias contar con lo básico y, en caso de existir algún excedente, poder venderlo en las cercanías o en pueblos y ciudades. De este modo, el trabajo de temporada en los arándanos se integra como complemento al trabajo agrícola ya que no lo interrumpe y se hace parte del ciclo económico anual de las economías familiares mapuche.

Al decir de Bengoa, para las economías mapuche el trigo se ha convertido en “un cultivo de refugio”- y por tanto de subsistencia. Cada productor trata de sembrar a lo menos una hectárea, transformándose de este modo en una suerte de "cultivo de resistencia", por el valor cultural que tiene el pan (Kofque), la harina tostada y el "triguito" para las aves”.(Bengoa, 2020:5). Simultáneamente, cuando se tiene acceso a agua, se mantiene una producción de huerto que permite contar con verduras frescas y hortalizas para el consumo familiar y, eventualmente, para su venta en los alrededores.

Tanto en los relatos de hombres como de mujeres mapuche aparece la valoración positiva que se hace del trabajo temporal del arándano, ya que permite generar ingresos en las cercanías de sus lugares de residencia. Las ganancias sirven para cubrir las necesidades del invierno o bien invertir en las actividades agrícolas tradicionales, en sus huertas e invernaderos. En otras ocasiones lo que se obtiene con el trabajo en los arándanos se utiliza para gastos que no puede cubrir la economía doméstica familiar, y que están vinculados a la escolaridad de los hijos (como útiles de colegio, transporte escolar e incluso matrícula de colegios subvencionados). El

dinero obtenido en el verano se gasta en el mes de marzo, y entre los jóvenes el salario se destina a la compra de ropa, zapatillas o teléfonos celulares.

Las mujeres valoran especialmente las fuentes laborales cercanas que no exigen una asistencia obligatoria permanente. Varias de las entrevistadas (así como también algunos entrevistados), señalan que cuando necesitan permiso para ausentarse, ya sea por necesidades médicas, trámites o realización de guillatunes en sus comunidades, ni administradores ni supervisores les hacen problemas, especialmente cuando se trata de predios más pequeños; el único compromiso es avisar que no asistirán a trabajar.

La cercanía con el lugar de trabajo que permite ir y volver en el día, y los horarios en que se cosecha el arándano (entre 9 y 5 de la tarde, dado el clima), permiten que las mujeres puedan realizar algunas de las tareas de la casa y encargar a sus hijos a un familiar sin sentir que se los descuida o deja solos mucho tiempo.

Tanto para los hombres como para las mujeres, el poder tener su huerta y plantar en las pocas tierras que conservan es importante, y aunque necesitan trabajar para conseguir ingresos salariales dada su exigua economía, prefieren no tener que desplazarse más lejos, porque eso les impediría realizar sus labores agrícolas en su tierra. Como indica un hombre mapuche de 75 años: “Son dos hectáreas las que tengo, este año no alcancé a plantar, sembré muy poquito, un par de plantitas, pero lo que es huerta de verdura no tengo nada, no alcancé a plantar cuando fui a la cereza (...) dejé sembrado todo, tengo papas, tengo avena, habas, porotos, arvejas, todo eso tengo arriba” (Entrevista A.P, Temporero)

Para las mujeres, especialmente cuando son jefas de hogar, es necesario estar permanentemente buscando formas de generar ingresos, lo que implica diversificar las estrategias. Una mujer mapuche de Vilcún, que trabaja como temporera en los arándanos, da cuenta de la multiplicidad de actividades que realiza para mantener a sus hijos, utilizando diversos recursos de tiempo de modo que una actividad no perjudique a otra. “Aquí por el momento tengo media hectárea, de repente arriendo o hago sociedad con alguien y siembro (...) trigo, este año no sembré, pero el año pasado sí; quinua también” (Entrevista M.A, Temporera.) .

Además, en su terreno tiene invernadero, siembra algunas cosas y tiene un cultivo de frutillas, las cuales cosecha en el verano junto a su hija adolescente cuando ella está trabajando en la cosecha de arándanos. “Sí, como tengo mi negocio con la frutilla, también de ahí yo ahorro en caso de que no pueda haber trabajo, de ahí saco, trato de organizarme” (Ibid).

Con lo obtenido con la venta de frutillas paga las cuentas de luz, agua, gas y comida. Informa que antes tenía animales, pero por falta de terreno tuvo que dejar de criarlos. En su caso todo el grupo familiar colabora: los hijos adolescentes venden las frutillas y los abuelos se hacen cargo de la hija menor al regreso del colegio. Con lo ganado en los arándanos se hacen los pagos de colegio de los hijos en el mes de marzo (colegio particular subvencionado para la menor, pago del furgón escolar y gastos de micro para el otro hijo). El año anterior el hijo adolescente trabajó en la temporada para poder comprarse zapatillas y un teléfono celular. En este caso, el que la temporada de cosecha del arándano sea en el verano permite contar con el apoyo de los hijos mayores para la cosecha y venta de frutillas.

La existencia de predios y huertos con arándanos en las cercanías permite que otras mujeres que no trabajan cosechando también puedan generar pequeños ingresos con la venta de tortillas,

porotos verdes y otros productos de sus huertos. “Llevan pan calentito, eran muy buena onda las viejitas”, cuenta una mujer de Labranza.

“Ellas mismas cosechan sus cosas, había una que vendía maqui. ¿Cachan el maqui? Vendía maqui, vendía mote. Llevaba todas esas cosas y la gente le compraba (...) ‘ya, me la paga a fin de mes, me la paga cuando paguen’.”- (Entrevista V., Temporera).

De acuerdo a los resultados de las entrevistas se hace evidente que muchas de las mujeres mapuche que trabajan como temporeras en la cosecha del arándano en la Araucanía prefieren emplearse en huertos o predios pequeños, donde la interacción cara a cara con los supervisores, administradores y propietarios es más cercana. Esto permite la resolución de diferencias a través de la conversación, lo que se valora particularmente cuando, al final de la temporada de cosecha, la fruta de buena calidad comienza a escasear y las mismas horas de trabajo generan menos ganancias.

“Entre todos los trabajadores, unos como amigos y vecinos, todos nos unimos y ya miramos como ven la fruta o ya está mala la hilera, qué pasa si le decimos al jefe que paremos porque ya no está dando para lo que uno se imagina, entonces, ahí se va una conversa con el jefe, y si el jefe ya piensa lo contrario, entonces se para de todos modos porque ya el trabajador se ha levantado” (Entrevista R, Temporera).

La cercanía de dueños y administradores de huertos pequeños y su mayor conocimiento de la realidad de sus trabajadores posibilita una mayor comprensión por parte de estos a las necesidades y realidad de ellos/as. El siguiente testimonio muestra como un administrador de un predio cercano a Melipeuco decide privilegiar la contratación de mujeres: “el administrador y él prefirió darle el empleo a la gente, porque él sabe que estaban muy bajos recursos y la gente no tenía oportunidades de trabajo, entonces tenían que emigrar a otros lados, salir al norte, a las cosechas, mujeres y hombres. Entonces lo que se hizo más fue para las mujeres, igual hay hombres, pero se hizo más para las mujeres, para la oportunidad para nosotras, para poder de alguna forma tener trabajo cerca de la casa. No tener que ir lejos, entonces eso ya es una oportunidad que tenemos y hay que aprovechar” (Entrevista A, Temporera).

La misma mujer hace una comparación negativa con el trabajo en un predio grande, como el de Hortifrut:

“Bueno, ya lo lejos [que le quedaba Hortifrut Los Laureles], eso no me gustaba (...). Eran como muy exigentes los jefes que había, como que siempre exigían demasiado. Por ejemplo, no sé, igual a veces las plantas que no había que cargarlas, que no había, que había que dejar seco, seco el árbol, o sea sacarle toda la fruta y después igual nos retaban porque había fruta que estaba verde, que estaba

roja, que no servía, entonces igual ahí yo por ahí chocaba (...). Allá era más exigente (...) allá tenían este descartador (...) uno podía llevar su bandeja con varios kilos de fruta, pero ahí llegaba el descartador, iba descartando y quedaba casi nada, pero igual había que caminar harto” (Ibid).

En huertos o empresas más pequeñas el trato es diferente con los jefes, y puede ser que funcione como “espacio transicional” para gente, especialmente mujeres y mapuche, que no están acostumbrados a la disciplina del trabajo exigente en horarios y en calidad. Con jefes más distantes y trato menos personalizado, en predios grandes y con más cosecheros, es tanto más difícil pedir permisos sin arriesgar el trabajo.

Entre algunos supervisores, parece existir mayor conocimiento de los modos de ser y relacionarse de los mapuche, ya sea porque los supervisores también han trabajado como temporeros, o porque provienen de áreas mapuche. Esto les permite mediar entre los administradores y/o propietarios y los temporeros/as, ya que establecen una relación cara a cara con estos últimos, lo que permite que en un marco de respeto y obediencia hacia las instrucciones se produzcan ciertas complicidades que benefician a los trabajadores/as, por ejemplo, evitando que se les descarten fruta verde o más pequeña, lo cual afectaría el pago de lo cosechado.

“Por eso yo como supervisora tengo que dar vuelta, vuelta y vuelta, que no se equivoquen revisando las bandejas, y si alguno me está cosechando mal yo ya lo observo, si quien es y me pego más donde él y le digo ‘así se cosecha’ o ‘esto no se echa’, y así, y de repente uno es más viva y cacha que vienen las de control de calidad y hacemos parar el camión y echamos la fruta al camión y se va... Claro, porque hay un camión, si hay camiones por ejemplo, en el verano adentro hay trabajando 12 camiones, ya, y un camión o un chofer, por ejemplo, un camión nos toma a tres grupos y él anda dando vueltas entre su grupo. Y entonces uno lo ve y ve que vienen las chicas en bicicleta, les digo ‘yo tengo frutas’ y se le entrega la fruta en la fila y ellas no la pueden revisar estando en el camión”, cuenta una supervisora de un predio grande, perteneciente a una empresa transnacional (Entrevista P., Supervisora).

Esas complicidades entre trabajadores y supervisores también se dan en otros aspectos, por ejemplo en flexibilizar la salida, dejándolos trabajar un poco más allá de lo pactado, siendo responsabilidad del supervisor asegurar que se retiren en la hora convenida. Esto permite a los temporeros/as cosechar algo más de fruta y por tanto obtener un mayor ingreso. En otros casos se menciona que frente a los robos “hormiga” de fruta algunos supervisores hacen la vista gorda.

Reflexiones finales

El haber puesto el acento en las resistencias culturales desde lo mapuche no significa desconocer el desequilibrio y asimetría en las relaciones que establecen los temporeros mapuche con los productores de arándanos, ni negar cómo el despliegue de estas estrategias de resistencia cultural resultan útiles a los administradores y supervisores para evitar rotar mucho la fuerza de trabajo, por lo cual se hace vista gorda frente al robo hormiga que pueda existir o a la “sacada de vuelta” de algunos jóvenes, mientras otros cumplen con lo que les corresponde. Gana el empresario porque cosecha lo requerido en la temporada, a tiempo para poder exportar la fruta; gana el supervisor, porque no se le desarma la cuadrilla y se asegura de tener el control de un grupo humano y de su propio trabajo.

Nos interesaba enfocar una arista diferente de las relaciones laborales en un marco de flexibilidad que da cuenta de la dificultad de abordar estos temas desde lógicas dicotómicas, que oscurecen las complejidades de la realidad laboral en contextos multiétnicos. Las expresiones de lo comunitario y lógicas no capitalistas en el trabajo temporero dan cuenta de una racionalidad diferente, capaz de coexistir con la racionalidad capitalista en espacios pequeños, y son usadas tanto por los patrones –para fidelizar fuerza de trabajo– como por los trabajadores, que se sienten más cómodos operando desde sus modos de ser en las cercanías de sus comunidades, pese al arrinconamiento que han sufrido a partir de la pérdida de tierras y de la irrupción de las forestales en sus alrededores.

En este sentido, las estrategias no son solo de los empresarios para explotar al trabajador: también hay y estrategias de los trabajadores, que resisten funcionando desde sus propias lógicas culturales.

Referencias bibliográficas

BENGOA, J. (2020) .Sociedad mapuche rural. 40 años. *Le Monde Diplomatique*. Edición chilena 16-08- 2020. / <https://www.lemondediplomatique.cl/sociedad-mapuche-rural-40-anos-por-jose-bengoa.html>.

BENGOA, J., (2011). "Los mapuche: historia cultura y conflicto. *Le Monde Diplomatique Dossier Le Chili "déconcerté* . <https://doi.org/10.4000/cal.118>.

BLUEBERRIES CONSULTING (2015) La Araucanía un futuro promisorio para los frutales y la modernización de los cultivos. <https://blueberriesconsulting.com/la-araucania-un-futuro-promisorio-para-los-frutales-y-la-modernizacion-de-los-cultivos/>

CALVO, P., *Racionalidad económica: aspectos éticos de la reciprocidad*. Tesis doctoral Doctorado Interuniversitario Ética y Democracia. Universitat Jaume I de Castellón, 2012 https://www.researchgate.net/publication/299635016_Racionalidad_economica_aspectos_eticos_de_la_reciprocidad

CHIHUAILAF. E. (1999). *Recado confidencial a los chilenos*. Lom ediciones, Santiago de Chile.

ESPINOZA, S& FIGUEROA, P., (2019). La cosmovisión mapuche en el sistema penitenciario chileno: Determinación de los elementos relevantes para su incorporación en el reglamento de establecimientos penitenciarios N° 518 <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/176827>.

GARIN. A., ALBERS, C., & ORTEGA, E. (2011). Las expresiones de la ruralidad en la región de La Araucanía, Chile, 1997-2007. *Estudios sociales (Hermosillo, Son.)*, 19(38),67 – 69 http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S018845572011000200003&lng=es&tlng=es.

HENRIQUEZ. L. (1988) *Informe de coyuntura agraria N° 1, IX Región*. Grupo de Investigaciones Agrarias. Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile.

JARAMILLO, L.. (2013). Cinco décadas de transformaciones en La Araucanía Rural. *Polis*, 12(34),147-164. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682013000100008>.

MONTALBA, R. & CARRASCO, N.(2005) ¿Desarrollo sostenible o eco-etnocidio? El proceso de expansión forestal en territorio mapuche-nalche de Chile. *Ager.Revista de Estudios de Despoblación y Desarrollo Rural*, (4), 101-133 <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=29600404>

ODEPA-CIREN,(2018).Catastros frutícolas 1999 a 2018. <https://www.ciren.cl/proyectos/catastros/catastro-fruticola/>.

ODEPA-YAÑEZ, L. (2019). Región de la Araucanía. Información Regional 2019 <https://www.odepa.gob.cl/wp-content/uploads/2017/12/Araucania.pdf>.

OES-UFRO. (2017). Radiografía a la pobreza comunal de La Araucanía según Casen 2017 realizado por el Observatorio Económico y Social de la Universidad de La Frontera (OES-UFRO). <http://oes.ufro.cl/index.php/oes-ufro/estadisticas/sociales/2018-2/download/36-informes-2019/394-informe1-2019>

PAIRICAN, F. (2014). *Malón, La rebelión del movimiento mapuche 1990-2013*. Editorial Pehuén. Ciudad.

PINTO, J. (2009) .La población de La Araucanía en el siglo XX. Crecimiento y distribución espacial. Ediciones Universidad de La Frontera. Temuco

PINTO, J. & ÓRDENES, M. (2012). *Chile una Economía Regional. La Araucanía 1900-1960*. Ediciones de Universidad de la Frontera. Temuco.

SEN. A. (1989). *Sobre Ética y Economía*. Editorial Alianza. Madrid,

VALDES. X. (2007). *Vida en común. Familia y vida privada en Chile* Lom ediciones. Santiago de Chile

VILLEGAS, M.. (2014) .Sistemas sancionatorios indígenas y Derecho Penal. ¿Subsiste el Az Mapu?..*Revista Política Criminal*. Julio. Vol. 9, N° 17 https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_isoref&pid=S071833992014000100007&lng=pt&tlng=es